

## **Explosión demográfica: la sexta extinción masiva**

No cabe duda de que la demografía es un arma de doble filo. Por un lado, recurrimos a ella para asegurar el porvenir de nuestro país y de nuestra sociedad; por otro lado, nos lleva literalmente a la extinción. Lo cual resulta paradójico porque, precisamente, ese ansia de ser cada vez más es lo que al final nos acabará llevando a ser cada vez menos o, incluso... a desaparecer.

La demografía descontrolada es un claro síntoma de primitivismo. Sólo naciones retrógradas y primitivas se aferran a la misma como a un clavo ardiendo. Además, supone utilizar a las mujeres como “vacas destinadas a la reproducción”, con todo lo que ello supone de cara a la modernización de un país y, sobre todo, de cara al empoderamiento de las propias mujeres.

Por otro lado, la demografía explosiva es fuente de guerras, de pobreza, de oleadas migratorias masivas y, en definitiva, no aporta absolutamente nada al devenir de los pueblos y de la humanidad. Fijaros bien: cuanto más retrógrado, primitivo y fallido es un estado, más se empeña en promover la natalidad, aunque ello suponga enterrar al país bajo un manto de primitivismo y pobreza endémica.

¿Cuáles son los países con natalidades exageradamente altas? Así, a bote pronto, seguro que a todos nos vienen a la mente la India, Bangladesh, Afganistán, Pakistán, Marruecos, Somalia, el Congo, Egipto, Sudán, Irak, Arabia Saudí (parece mentira pero a pesar de ser un país rico, ocho de cada diez habitantes es pobre), Siria... ¿Y qué tienen en común todos estos países? Sus incesantes guerras, su pobreza, su primitivismo social, político y económico, su inestabilidad, su religiosidad exacerbada...

Por lo general, ¿a quién le gustaría vivir actualmente en uno de esos países? A nadie.

Sin embargo, a todos esos países parece importarles un bledo la demografía. Continúan anclados en modelos hipertradicionales, en modelos vergonzosamente patriarcales; “la mujer con la pata quebrada y en casa” es el lema general; en algunas escuelas parece que sólo se enseña el Corán (a los varones, porque a las mujeres ni eso), y así un largo etcétera.

Pero el problema de la superpoblación no se limita a países subdesarrollados. Tenemos también países con enormes poblaciones, como Estados Unidos y China. Y en Sudamérica Brasil va a la cabeza. Pero también está Venezuela, Colombia, Perú...

Además, a la hora de decidir qué país está superpoblado, no sólo debemos tener en cuenta el número de habitantes. Un país puede tener “pocos” habitantes en relación a otro, pero si se trata de un país de reducida extensión, puede ser perfectamente un país superpoblado.

En general, cuando un país no da para alimentar y para vivir dignamente a toda su población, ese país está ya superpoblado. Pueden darse algunas circunstancias adversas; por ejemplo, un volcán estalla en una zona hasta ahora rica y sostenible, y a raíz de ello cae en la pobreza. Y puede suceder también con inundaciones, tsunamis, etcétera.

Pero, incluso en casos de catástrofes naturales, un país no superpoblado y autosuficiente podrá seguramente salir adelante mucho mejor que un país ya previamente “touché” por la superpoblación.

El otro día veía una foto de una familia afgana. Conté... ¡hasta 11 niños! ¡Todos ellos de la misma familia! A los que habría que añadir los padres, abuelos... Todos ellos con aspecto desnutrido y mal vestidos. Es decir, no pueden casi ni alimentar a dos hijos, y sin embargo, continúan trayendo niños al mundo... ¡como si les sobrara el dinero! Y al final, claro, todos al extranjero. Creo que esa familia huía de los talibanes. Pero, en realidad, en lo que se refiere al concepto de familia, no creo que su mentalidad difiera mucho de la mentalidad de los talibanes.

Estos comportamientos humanos los encontramos también en el mundo animal: multiplicarse, diseminarse, ampliar el territorio, formar nuevos clanes y volver a repetir el ciclo una y otra vez. Y así, ¿hasta cuándo? Pues... hasta que los territorios libres se acaban. ¿Y qué pasa entonces? Luchan entre sí. Hasta la muerte. O perecen por la falta de recursos.

Yo no quiero que la humanidad se parezca, en ese sentido, al mundo animal. Quiero que haya sitio para la vida salvaje, sí, pero para eso, primero tengo que ser consciente de cuánto sitio necesita nuestra especie. Y no va a haber sitio ni para nuestra especie, si continuamos multiplicándonos como conejos. Y si seguimos en esa línea, acabaremos consumiendo todos los recursos que tenemos en nuestro territorio y... en el planeta Tierra.

En Estados Unidos hay unos 55 millones de pobres. Puede que no se mueran de hambre, pero sí de sobredosis, o de enfermedades curables; y puede que padezcan unos porcentajes muy elevados de enfermedades mentales, de hogares desestructurados, y unos índices de delincuencia absolutamente inaceptables. Todo eso está también ligado a la demografía explosiva. Por tanto, no creáis que por el hecho de vivir en un país “rico”, ya está todo “solucionado”.

¡Viva las familias numerosas!, gritó el tonto del pueblo. Y lo peor es que siempre hay un coro de descerebrados que le responden: ¡Viva!

Tratar de llenar el vacío existencial a base de traer hijos y más hijos al mundo, es sólo una huida hacia adelante. No sólo no se llena ese vacío, sino que además, se ahonda en el mismo. Hasta que al final ya no se toca fondo. Cuatro, cinco, ocho, diez hijos... Luego vendrá un gerifalte a ponerles una condecoración y a prometerles el cielo y la tierra, y cómo no, “la patria os lo agradecerá”. No le importará mucho, llegado el caso, llevarlos al matadero de la guerra. Y así, “aliviar” de paso la presión demográfica. *Mort pour la patrie.*

Si por mi fuera, a los estados e instituciones que promueven familias numerosas, yo les declararía como organización terrorista. Y de hecho, muchos de los países en los que el control de la natalidad está desbocado, tienen serios problemas de violencia, tal y como podemos comprobar en: Colombia, Méjico, Brasil, Siria, Irak, Sudán, Afganistán, Bangladesh (paradigma de la pobreza endémica)... Marruecos es también un gran exportador de emigrantes, incluso menores de edad (¿qué se puede esperar de un país gobernado con mano de hierro por un tirano?)

Por otro lado, en muchos casos, son países que viven sumidos en el más absoluto analfabetismo, gobernados por religiosos que no han estudiado otra cosa más que el Corán, países en donde la religión está por encima de la ciencia (de ésta sólo se acuerdan para conseguir armas de última tecnología, incluidas las nucleares)...

Y todo esto, ¿cómo nos afecta? Pues es obvio cómo nos afecta: un día sí y otro también, llegan a Europa miles de personas desesperadas huyendo del hambre, de la miseria, soñando con una vida mejor... que pocos van a conseguir aquí. Esa falta de estabilidad en sus respectivos países acaba afectando a todos los países en un claro efecto dominó. Porque, como todos sabemos, vivimos en un mundo globalizado. Todos estamos en el mismo barco.

Ahora mismo, gran parte de los emigrantes que llegan a Europa provienen de países superpoblados, que, sencillamente, ya no pueden alimentar a toda su población. Y bien, ¿toman medidas al respecto? ¿Lanzan campañas para frenar la demografía? ¿Promueven entre las mujeres aspiraciones profesionales, en vez de relegarlas a la procreación voluntaria o forzada? ¿Promueven el uso de métodos anticonceptivos en las relaciones sexuales? Pues no, más bien al contrario.

Lo que quiero decir es que, en definitiva, la demografía descontrolada nos afecta a todos los países, incluidos aquellos que carecemos de una demografía descontrolada. Resumiendo, la explosión demográfica sólo trae consigo guerras, hambre, oleadas migratorias, opresión, paro, delincuencia, destrucción de recursos, etcétera, etcétera, etcétera.

Hay muchas cosas en juego. Pero, sobre todo, está en juego nuestro hermoso planeta. Ahora mismo, somos 7.8 billones de personas. 7.8 billones equivale a 7.800 millones de personas. Y no me extrañaría que esa cifra fuera en aumento. Y si no lo fuera, no lo sería porque hayamos tomado medidas, si no que sería debido a la Covid, a las guerras, al hambre, a las enfermedades, etcétera.

Una de cada diez personas en el mundo vive en extrema pobreza. Es decir, unos 700 millones de personas. Y el 85 % de la población mundial vive con

menos de 30 dólares al día. ¿Y tenemos que seguir trayendo niños y niñas al mundo? ¿Para qué? ¿Para que los idiotas de sus gobernantes sigan “fardando” de quién la tiene más grande?

Por otro lado, supongamos que mi país toma consciente o inconscientemente medidas para hacer frente a la demografía descontrolada. Supongamos que yo vivo en un país en donde las mujeres y los hombres, además de aspirar a tener una familia, aspiran también a tener una vida profesional y social. Y supongamos ahora que en el país de al lado siguen criterios opuestos, es decir, “creced y multiplicaos, herman@s”.

Bueno, y cuando en ese país vecino se les acaben los recursos, ¿qué tengo que hacer? ¿Abrirles la puerta para que vengan al mío y hagan con mis recursos lo mismo que han hecho con los suyos? ¿Para que los esquilmen también aquí, en mi casa? Yo creo que ya va siendo hora de que cada país asuma sus decisiones y sus responsabilidades, asuma sus creencias y sus planteamientos políticos, económicos, sociales, religiosos y educativos.

En cualquier caso, no debemos olvidar que esto es una cuestión de supervivencia. Y tampoco debemos olvidar que el problema no sólo viene de fuera; el problema lo tenemos también dentro. Si un país tiene millones de personas en el paro de manera cuasi permanente, es porque ese país tiene una natalidad que no puede asumir, que no es sostenible. Y eso lo podemos encontrar tanto en África como en Europa, aunque en nuestro viejo continente de manera mucho más aminorada (en teoría).

Yo no voy a prohibir a nadie de aquí que tenga tantos hijos como quiera. Pero sí que sería partidario de lanzar, desde estamentos oficiales, un mensaje a la sociedad: seamos comedidos a la hora de formar nuestras respectivas familias. Y a las personas venidas de fuera y que han encontrado aquí una acogida amable y solidaria, sí que les exigiría mantener una natalidad controlada. No hacerlo así, yo lo consideraría como una bofetada, como una falta de solidaridad y como una falta de agradecimiento.

El control de la demografía es una cuestión de solidaridad. Tenemos que repartir los recursos entre todos. Y para ello, debemos ser cautos y

solidarios a la hora de decidir cuántos hijos queremos tener, si es que queremos tener hijos, porque ésa es también otra opción: no tener hijos. No creo que haya que “estigmatizar” a nadie por no querer tener hijos o por alejarse del modo de vida “tradicional”.

Y acabo como he empezado: “Explosión demográfica, la sexta extinción masiva”. Pienso que no es un epígrafe exagerado. Al contrario, creo que es razonable relacionar la explosión demográfica con una sexta extinción masiva. La explosión demográfica trae consigo hambre y pobreza, trae consigo guerras y destrucción, trae consigo una mayor facilidad en la expansión de enfermedades y pandemias, trae consigo una contaminación sin precedentes y un consumo insostenible de recursos. Lo estamos viendo una y otra vez a nivel mundial. Cada país tiene que tomar el control de su demografía, tiene que tomar las riendas de su natalidad y asumir la responsabilidad de ello. No hay otra. Realmente no la hay.